

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

JORGE ALONSO, *EN BUSCA DE LA CONVERGENCIA. EL PARTIDO OBRERO-CAMPESINO MEXICANO**

por Guillermo Zermeño Padilla

I

Para un lector como es mi caso, que pretende ser historiador, y que ha concentrado sus estudios recientes más bien en la derecha mexicana, el libro aparece sin duda como un trabajo complejo, difícil, pues se trata de la recuperación minuciosa de una historia casi críptica, en muchos sentidos cargada de gestos incomprensibles para los no iniciados. Se trata de la historia de una pequeña secta que aun-

* Jorge Alonso, *En busca de la convergencia. El partido obrero-campesino mexicano*, Ediciones de la Casa Chata 33, 1990, 442 pp.

que expulsada de la iglesia-madre, siempre buscó en forma obsesiva e insistente, regresar a su seno, o al menos obtener su reconocimiento como hija legítima. En ese sentido el tema de la unidad de la izquierda es el problema central sobre el cual versa este trabajo. Pero, casi como en una tragedia griega, en vez de la unidad anhelada, —debido a posturas dogmáticas, personalistas, autoritarias o simples malentendidos—, se tiene un proceso de constantes deslavamientos, de sangrías internas. A las fusiones le siguen casi siempre las difusiones y las confusiones. El periodo que va de 1938 a 1963, ha sido denominado como el de la crisis de la izquierda en México, teniendo como antecedente los años gloriosos que siguen a la fundación del PC en 1919.

A la distancia, cuando ya los acontecimientos sucedieron, y por lo cual pueden ser contados de diversas maneras, no es fácil entender la insistencia del POCM, no tanto por

unificar y sumar fuerzas frente a un enemigo común, cuanto por la búsqueda de reconocimiento como comunistas por parte del PCM. El trabajo de Alonso da cuenta en forma pormenorizada cómo en los Plenos y Congresos de las organizaciones políticas de izquierda se lucha por descifrar, a partir de las experiencias pasadas, el enigma del crucigrama divisionista, intentando abrirse a un nuevo futuro. Pero en vano. Por delante siempre esta la polarización o en el caso del POCM como dice el autor, una "existencia polarizada por la unidad".

Este relato está enmarcado por la historia más general de la familia "marxista-leninista" mexicana, en un periodo en el que la sociedad mexicana se dirigía en medio de los frutos "milagrosos" del desarrollismo, a su crisis de la cual somos testigos. Los problemas no resueltos entonces (imperialismo, neocolonialismo, ubicación frente al Estado de la Revolución en México, etcétera) por la izquierda tradicional, reaparecen hoy en día, pero acumulados. En buena medida, más entrampados. Es desde el contexto de esta crisis, que el libro de Alonso ha sido escrito. Por esa razón creo adivinar que su escritura, tratando del pasado, se tensa y acaba por volcarse poderosamente hacia el presente. La tesis central podría ser la siguiente: si bien en el pasado la búsqueda de la unidad comunista fracasó, en cambio en el presente animados por una suerte de "principio de la esperanza", e ilustrados sobre todo por la experiencia nicaragüense y salvadoreña y las demandas de los nuevos movimientos sociales, la búsqueda de la convergencia ha pasado a ser prioritaria. (Para el Estado sería la concertación). Esto quiere decir a mi entender, que el desafío histórico para una nueva izquierda, distinta en consecuencia de la anterior, en vez de simplificarse, se ha complejizado todavía más.

En el libro se advierten dos grandes apartados: la introducción y las conclusiones que hablan más en tiempo presente, y el cuerpo central que se refiere al pasado. Las dos tienen su propio peso por lo que me detendré en cada una de ellas. Y terminaré con algunas consideraciones generales.

II

La introducción constituye en realidad un pequeño ensayo de corte teórico-sociológico en el que el autor repasa las corrientes y los autores principales que han dicho algo relevante sobre el problema del poder y la naturaleza de los movimientos sociales. Es un recorrido en el que al tocar aspectos centrales sobre la relación entre política y economía, partido y clase, partido como vanguardia y masas, el autor va dejando entrever la idea de que el nuevo escenario surgido de la posguerra en Europa y en América Latina se compone de un conjunto asimétrico, no homogéneo, polivalente e incluso abigarrado de lo que ha dado en llamarse "los nuevos movimientos sociales", en los que la idea del partido clásico ha sido puesta en entredicho. Esta recuperación está alimentada en buena medida por la perspectiva de la revolución sandinista y salvadoreña.

Hablar de una "nueva cultura política" en proceso implica no caer en determinismos o economicismos. De esto se cuida bien el autor. Es la condición necesaria para poder situarse correctamente frente a esta dinámica de la convergencia de movimientos políticos, sindicales o sociales de muy diversa índole en su origen. Desde la perspectiva de Alonso, y no sin cierta razón, la cuestión central a esclarecer radica en ver cómo en medio del marasmo producido por la crisis que no conduce por sí misma a una revolución, se va constitu-

yendo un nuevo sujeto social no subordinante de los demás, como en el pasado, sino "convergente", cuyo signo no sea el de la "exclusión para afirmarse, sino el de la pluralidad convergente" (p.45), lo cual implica la germinación y creación de una nueva cultura política que acepta la diversidad y la pluralidad como ejes constitutivos en la lucha por la transformación social y el diseño de la sociedad futura.

Sin duda una de las cuestiones cruciales del libro es la vieja discusión acerca de si existe o no un sujeto social privilegiado de la revolución. La dinámica de la convergencia no señala por sí misma, nos dice Alonso el rumbo correcto. Una coordinadora tampoco resuelve la cuestión de aglutinar en un todo diversos movimientos de origen ideológico y político distinto. Si bien "las convergencias se inscriben en el proceso donde ya no se postula un actor privilegiado del cambio sino una caleidoscópica panoplia de agentes y en vez de un resultado único de tipo universal y homogeneizador, una distribución más diversificada, más rica en alternativas históricas" (p.41), sin embargo, sostiene el analista, se requiere una unidad de mando o "voluntad política". Es decir, se requiere "que exista un núcleo de vanguardia capaz de empujar hacia coincidencias generales y supeditar intereses particulares en aras de intereses englobantes", capaz de establecer redes complejas organizacionales. "Sin organización previa de las bases, sin conducción acertada que logre conglutinar, generar convergencias, las fuerzas retadoras desde posiciones de derecha pueden aprovechar los estallidos espontáneos. Sin organización popular y sin proyecto el avance popular no será factible" (p.44).

Así, apoyado en una teoría reformada del partido leninista, el autor ve la necesidad de que dentro de este "proceso largo, penoso" surja

una vanguardia de nuevo cuño, como instrumento orgánico revolucionario. Así nos dice:

"Para llegar a la transformación socialista, si bien pudiera ser necesario un partido, es indispensable una vanguardia. Sobre todo en los países dependientes y subdesarrollados lo que se va gestando es una revolución de fuerzas sociales combinadas en las cuales la vanguardia tiene el difícil papel de estructurar la revolución como una serie de alianzas con varias fuerzas sociales e ideológicas" (pp.35-36).

De esta manera, examinado el caso de la historia del POCM, la pregunta es cómo diseñar un modelo de acción política, que permita que "en lugar de que cada agrupamiento se sienta el depositario de la verdad revolucionaria como una iglesia a la que todos los demás deben someterse bajo el riesgo de quedar fuera del futuro prometido, en lugar de propiciarse sectarismos, dogmatismos, excomuniones, etc., (se vaya) percibiendo que la verdad revolucionaria es una tarea de construcción del conjunto de los agrupamientos populares que buscan acabar con la explotación y dominación capitalistas". Cómo hacer para que en lugar "de desatar luchas fracticidas", el combate sea "entre afines y plurales por un lado, y los enemigos comunes, por el otro" (pp.44-45).

En este sentido si no entiendo mal, el libro es un llamado a la izquierda para sensibilizarse a los requerimientos de una nueva cultura política y a replantear el problema de la "vanguardia", desde una perspectiva reformista. Se presupone que estos elementos ya están presentes en la experiencia proporcionada por el comunismo disidente de los años cincuenta. Las conclusiones del libro así lo muestran a modo de enseñanza para el presente.

En la cuestión de la Unidad, por tanto, o de las relaciones entre dirección o vanguardia

y las bases sociales o masas me parece se condensa la parte sustantiva de este texto histórico-político. Histórico por cuanto se aboca a la tarea de rescate de un fragmento de la historia de la izquierda en México; político porque no oculta la intención de que el estudio del pasado tiene sentido sólo si puede ofrecer lecciones útiles para el presente. Así, discutir con el autor sobre su obra significa situarse en el cruce de caminos que va de la academia a la vida pública (o lugares en los que se cree que la sociedad produce y se transforma). Y por otro lado, en aquel problema central de cómo lograr la unidad sin que la vanguardia o clase dirigente llegue a convertirse en un grupo cerrado distante de las masas y por ende de los principios que supuestamente le dan vida.

En ese sentido el texto a través de una información y documentación prolija y puntual avanza tensionado por dos tipos de enunciados lingüísticos: los que tienen que ver con el presente-presente y los del pasado-pasado. Ambos están anudados por la tensión y las preocupaciones del presente. Pero en el discurso estos aparecen con frecuencia yuxtapuestos.

III

La historia comienza propiamente en enero de 1950 cuando dos organizaciones surgidas de los desprendimientos del Partido Comunista en los años de 1943 y de 1947, el Movimiento de Reivindicación del Partido Comunista y Acción Socialista Unificada (Hernán Laborde y Valentín Campa, entre otros), convocan al Congreso de Unidad Marxista, antecedente inmediato de lo que será el Partido Obrero Campesino Mexicano. Los seis apartados de que se compone el libro recogen en forma detallada la historia de esta organización basada sobre todo en actas y documentos oficiales de la misma. Es una historia vista

desde dentro, en la que se describe la revolución de la organización desde su gestación, 1940-1950 (caps. 1 y 2), constitución y desarrollo, 1950-1959 (caps. 3 y 4), hasta su crisis y fusión en el PPS, 1959-1963 (caps. 5 y 6).

Independientemente de todo, esta recuperación histórica, —aunque muy apegada a los programas y proclamas del partido, más que a la cultura cotidiana de sus integrantes, debido en gran parte al carácter de las fuentes utilizadas— constituye un documento básico que los especialistas y los interesados no podrán pasar por alto. Los límites y alcances de la hechura de una historia están dados por el carácter de fuentes utilizadas, y también por la intencionalidad y dirección del texto, es decir en aquel en quien se piensa cuando se escribe. Al respecto conviene recordar cómo la historiografía marxista inglesa avanzó en este sentido, a fin de crear lo que podría ser una cultura historiográfica “popular”. Ha podido mostrar cómo la reconstrucción del pasado conlleva un doble movimiento: por un lado, la conmemoración ritual-escriturística de quienes hicieron historia en el pasado, y por el otro el establecer un engarce más de tipo emocional que racional, con los contemporáneos, buscando precisamente sacar del marasmo espiritual a las masas obreras surgidas de la posguerra. La historia, “magistra vitae”, educadora y/o colonizadora de conciencias, daba lugar a una historia libertaria, no coercitiva, en un mundo casi “desmoralizado”.

En este libro el autor ciertamente rinde un homenaje merecido a esta pequeña agrupación política de izquierda que apostó por la unidad. En donde tiende a desdibujarse un poco, es en querer asimilar en alguna forma esa búsqueda de unidad, —respuesta de un sector de la izquierda a la crisis de la izquierda de entonces—, a la crisis de ahora, que si se mira bien, “la convergencia” en su aspecto

negativo, más bien nos podría hablar de una mayor polarización. Me parece que ciertamente la cuestión, como bien lo dice Alonso, no es si el POCM fracasó o no, si sus integrantes fueron miopes o visionarios, —en esto puede haber múltiples interpretaciones y probablemente todas fundadas—, sino en observar cómo de acuerdo a sus propias coordenadas ellos respondieron y asumieron su responsabilidad con más o menor conciencia, enfatizando un tipo de teoría sobre otro. A partir de ahí es posible sentar las bases de posibles identificaciones-distantes, supuesto caso que las coordenadas históricas y generacionales, han sufrido desplazamientos. Los parámetros de comprensión y de la acción también se modifican y en ese sentido la historia o el estudio del pasado sólo enseña algo al presente por una operación de contrastación: el pasado no es idéntico con el presente. Todavía más: si la historiografía está inmersa también en la política, en la sociedad desde donde surge y a la cual se debe, habría que pensar también que la escritura sobre el pasado, debido a las nuevas condiciones, está siendo sellada por la cultura de la diferencia y la pluralidad. Digamos que habría que hacer corresponder esa nueva cultura política diversa y pluralista (realidad a la vez que aspiración) con una nueva cultura historiográfica. Me parece que si la historia enseña algo en ese sentido son dos cosas: primero, es capaz de romper con la ilusión de un presente continuo, eterno, que por sus propios términos anula el principio de la posibilidad de transformación de las cosas: y segundo, derivado de lo anterior, que una historiografía no puede ser sino crítica de los poderes establecidos, sea cual fuere su signo, esto mientras no se estructuren formalidades jurídicas operativas para neutralizar la tendencia a concentrar el

poder no sólo económico y político, sino también cultural.

En este sentido es que el texto me parece un poco lineal, en cuanto a esperar que las consejas del pasado se realicen casi automáticamente en el presente. A pesar de que se trata de una historia relativamente reciente, casi continua, incluso por la contemporaneidad de los protagonistas con lectores receptores de otra generación, es un lugar común aceptado que hay fuertes diferencias entre las dos últimas décadas y aquellas de que trata el libro. Si bien hay un hilo conductor impuesto por la lógica de dominación del capital, sin embargo en términos de la ubicación de los sujetos y los actores sociales existen sus diferencias, y en consecuencia en las formas de hacer política y en último término de hacer cultura.

IV

Situados en este punto, aunque Alonso señala importantes diferencias entre lo que tendría que ser esta nueva izquierda y la vieja, sin embargo efectúa una especie de transacción entre ambas. Pero entre la búsqueda de unidad y la dinámica de la convergencia me imagino que existen sus diferencias. Y si las hay, también tendrán sus consecuencias para el diseño de una teoría de la acción política idónea. Pienso que esto es importante porque tendrá a su vez implicaciones en la forma de acercarse al pasado, cualesquiera que sea éste. De una concepción lineal, progresiva, se seguirá en buena medida una relación entre presente y pasado cuyos linderos tenderán a diluirse.

Hasta donde alcanzó a ver, una cierta premura teórica por insertarse correctamente en el presente puede hacer que problemas que más bien tienen que ver con el conocimiento y la valoración del pasado queden sin

resolver al anteponerse una teoría actual de la práctica política. Esto puede provocar que se siga queriendo echar vino nuevo en odres viejos, hasta que se rompan. Así se observa que viejas nociones como la de "vanguardia proletaria" reaparezcan en el presente de las convergencias, avaladas por el pasado del POCM. Este procedimiento puede conducir de nuevo a los empantamientos del pasado para los cuales el autor en su obra intenta presentar una salida o alternativa teórica fundada históricamente. En ese caso podría producir el efecto boomerang no deseado. Aquí es donde me parece que el polo de tensión entre ciencia y política, termina en algunos momentos del texto —más claramente en la introducción y en las conclusiones— cargándose por lo segundo, anteponiendo al análisis sobre todo de las teorías sustentantes, una especie de "principio de la esperanza" cuyo fundamento recae más en la voluntad y en la lógica del deseo que de la razón.

Como he mencionado, no se trata de un trabajo simple. El esfuerzo por describir y someter los acontecimientos a la crítica solventada por los retos del presente, se sostiene a través de todo el trabajo hasta las conclusiones. Se busca documentar los hechos, sin tergiversarlos; pero también se quiere sacar enseñanzas del pasado para el presente, no arbitrarias, sino fundadas. Por ello digo que se trata de un libro importante, bien estructurado, que intenta no dejar resquicios ante posibles objeciones o señalamientos críticos. Es un libro bien enterado, actualizado, y que no rehuye a recoger los desafíos nuevos de la teoría social ante las nuevas evidencias. Quiere convencer y contribuir a aclarar algunas cuestiones con las que se enfrentan los luchadores sociales, sin ningún ánimo protagónico. De ahí que exija de sus lectores, seriedad y comedimiento.

El tema, por más que se hable del fin de las utopías, es de vigente actualidad. Cuando el periodo de la Revolución mexicana parece tocar su fin, se reafirma una cierta crisis de identidad de la izquierda. Y es que en México la izquierda y la derecha crecieron al amparo de la Revolución, ésta como gran madre. Sus hijos ahora en orfandad, buscan nuevos asideros. Y el Estado sigue siendo la tentación. Lo demás es cuestión de la relación entre dirigentes y dirigidos o de cómo promover o crear nuevas formas de hacer política no autoritarias. Nuevas formas de relacionar la teoría con la práctica, el discurso con los hechos, los análisis con las transformaciones posibles y deseables.

Ciertamente es de difícil comprensión para un historiador el esfuerzo por mantenerse, pese a los hechos, dentro de un esquema doctrinario. Indudablemente una teoría cerrada produce la sensación de unidad y puede orientar y dar cierta seguridad psicológica a los individuos que la profesan: en eso estaría cerca de las fes religiosas; pero en este caso tratándose de una teoría histórica que pretende vincular dialécticamente los enunciados conceptuales con la práctica, incluso que busca siempre situarse estratégicamente por delante de los hechos, no es fácil entender que la teoría de tradición marxista-leninista no se haya renovado a la par con la historia. Aquí corro el peligro de estar diciendo con toda seguridad alguna herejía. Pero al menos no se encuentra en México un teórico en estos años de las dimensiones de Mariátegui o Gramsci.

Basados en este fragmento de historia mexicana, se encuentra uno más bien movimientos teóricos y programáticos reiterativos, que aunque válidos formalmente, como parte de una teoría mayor, se advierte un distanciamiento de la práctica, por no decir de las masas. De alguna manera sabemos que el

único contrapeso de toda teoría es la historia. Una fuente del divisionismo en la izquierda se debe tal vez a que se ha aferrado más a una teoría concebida como doctrina que como historia, que como experiencia común.

Parte de la tragedia histórica de la izquierda tradicional en nuestro país se debe tal vez a que, —mientras las masas, entre ellas los obreros, seguían un rumbo, no precisamente a la sombra de la vanguardia revolucionaria, sino de la revolución hecha Estado—, se buscó un cierto tipo de resguardo en una teoría disfuncionalizada. En su interior, en forma itestina se darían entonces las luchas para probarse en el arte de la ortodoxia, muy poco en la disidencia, ocultando incluso otro tipo de móviles causas de las divisiones.

No lejos de esto está una cierta fetichización del enunciado teórico, esperando que con sólo nombrarla, la revolución sobrevendría. Se que estoy exagerando las marcas. La cosa es más compleja, pues no se puede pasar por alto las artes de la razón de Estado. El hecho es que el Estado pudo consolidarse en México, campeando zigzagueante entre izquierdas y derechas. Esto creó una situación de gran ambigüedad: al distanciamiento progresivo de las masas incorporadas al Estado, se seguiría la búsqueda incesante de una práctica política en torno a una supuesta “unidad teórica”.

Este trabajo también muestra que en la tradición de lucha de la izquierda existen fundamentalmente dos tipos de definiciones: una frente al Estado de la Revolución y otra frente a la derecha. Más claramente la izquierda encuentra su identidad frente a la derecha; no hay izquierda si no hay derecha. Mucho más difícil de conceputar fue la relación frente al Estado. Esta ha sido un permanente juego de espejos: desde la gran teoría, el Estado mexicano hasta muy recientemente nunca ha deja-

do de ser “revolucionario”, al menos en sus formalidades jurídicas. Tampoco se oculta la ambigüedad que se desprende de estas formas hacia la realidad de los hechos. De ahí se deriva la difícil cuestión de cómo iluminar “teóricamente” la opacidad de los mismos. Para ello la izquierda se confió en una teoría marxista, casi inmovible. Esto ha sucedido mientras la “historia” del sentido común ordinario parecía seguir su propia historia. (¿Qué hacer con la teoría, sobre todo con la teoría de la revolución, frente a una revolución hecha Estado?). Para la izquierda —y también para la derecha— éste ha sido uno de los principales crucigramas que no han encontrado aún una salida satisfactoria.

Me atrevería a decir, apremiando a la historia como disciplina estudiosa del pasado, que la izquierda en México ha fracasado “teóricamente” —poco o esporádico arraigo en las masas, equivocaciones tácticas o estratégicas, subordinaciones arbitrarias de la práctica a la teoría, sangrías permanentes, etcétera—, sólo en un sentido: esto es, “teóricamente”. Otra cosa sería remitirnos a la “experiencia”, a ese pasado común parte de una tradición de lucha enclavada en una parte del inconsciente colectivo mexicano. Aquí supongo que estaríamos de acuerdo en que queda mucho por hacer para rescatarla. Si no se ha hecho en la dimensión debida es posible que se deba a una especie de prurito de que la teoría es superior a la práctica, o al desprecio que desde la teoría merecen los movimientos “espontáneos” de base. No es que se niegue que cada situación conlleve su propia teoría; pero se tiene la impresión que al privilegiar una teoría de excepción como es la de la Revolución, se ha olvidado el exámen y el seguimiento de las pequeñas revoluciones que se van operando subrepticamente en la cotidianidad de los luchadores y de los hombres del pueblo.

Pienso que en la coyuntura actual de crisis o reajuste y profundización de las formas de dominación del Estado capitalista en México, se exige sí recrear la teoría y a momentos hasta ponerla entre parentesis, para vislumbrar las posibilidades reales de transformación extrafadas de la historia como experiencia. Consolidar y fortalecer recreando estas formas, es como puede ser posible la superación deseada del marasmo político-cultural en el que se encuentra el país.

En este contexto considero muy oportuno la aparición de este libro de Alonso, que recupera una parte de la historia de la izquierda mexicana, en un periodo aún poco investigado. Nos entrega, es cierto, reflexiones llenas de sugerencias sobre la coyuntura actual, y una parte importante de la historia de la izquierda. Que, sin embargo en deuda a mi juicio, para ir todavía más allá y entregarnos la historia de una tradición, que si bien puede ser contradictoria, es más "unitaria" de lo que podría parecer. El aprendizaje abstracto de la teoría, no basta por sí mismo para vislumbrar en el pasado las posibilidades de transformación en el presente.

Finalmente, si se aceptara la tesis de la necesidad de una nueva vanguardia reformada, que no repita los errores del pasado, en aras de la construcción de "una sociedad socialista donde lo plural y democrático auténticamente popular tengan un amplio espacio para florecer" (p.45), tendría que abocarse —única garantía para contradecir "la ley de hierro" de Michels— a la tarea de diseñar con gran imaginación y audacia (por los riesgos que implica ante un enemigo cerrado en sí mismo) un instrumento que permita simultaneizar el ejercicio del poder con su crítica. Sólo así será creíble que esta vanguardia pueda ser distinta de las del pasado. ¶

GEORGE W. STOCKING JR.
(ED.), *ROMANTIC MOTIVES,
ESSAYS ON ANTHROPOLOGICAL
SENSIBILITY**

por Mechthild Rutsch**

Con este sexto volumen de la serie Historia de la Antropología, el editor George W. Stocking Jr. de nuevo reúne una serie de ensayos lúcidos que en esta ocasión versan en torno a una de las influencias más importantes en antropología: la romántica. No obstante su importancia, en la mayoría de los análisis de teorías antropológicas y de su historia de ideas, ésta ha sido poco estudiada o también simplemente ignorada. Pero no es sólo por tal razón que el volumen merece nuestra atención. Nos ofrece ensayos de autores cuyo interés rebasa el estrictamente antropológico, como es el caso de Susan Stewart cuyos trabajos previos han tenido una perspectiva filosófica o histórica más amplia. Por tanto logran acercarse a la antropología desde diferentes enfoques y ciencias sociales, como es el caso del propio Stocking. Sin duda, ello redundará en un volumen que no sólo brinda calidad académica al lector sino también muchas vetas estimulantes de reflexión.

Puesto que el volumen consta de seis trabajos en total, cuya reseña resultaría demasiado extensa, escogimos sólo dos de estos. El primero, ya que se ocupa de un tópico relativamente nuevo y pertenece a la discusión de la antropología como ciencia y de sus funda-

*George W. Stocking Jr. (ed.), *Romantic Motives, Essays on Anthropological Sensibility*, History of Anthropology, V.G., The University of Wisconsin Press, 1989.

**Antropóloga, investigadora de la Dirección de Etnología y Antropología Social del INAH.